DE LA ENAP A LO *ENAPINO*. MEMORIAS DEL HABITAR RELATIVAS A LA INDUSTRIA DEL PETRÓLEO EN PUNTA ARENAS

From the ENAP to the *Enapino*. Memories of Inhabiting Relative to the Oil Industry in Punta Arenas

DANIELA AMBROSETTI* & RODRIGO HERRERA**

Fecha de recepción: 16 de abril de 2025 – Fecha de aceptación: 29 de mayo de 2025

Resumen:

Desde el descubrimiento de su materia prima en la región de Magallanes y la Antártica Chilena, la industria del petróleo, principalmente a través de la Empresa Nacional del Petróleo (ENAP), gatilló transformaciones que impactaron no solo en la estructura económica y material, sino también en la estructura social e inmaterial. Para visibilizar esta última, emerge un término que denomina a un intangible: lo *enapino*. Este estudio explora en su comprensión y vigencia a partir de la interpretación de las memorias de quienes se identifican con él y posibilitan su subsistencia. Lo *enapino* se manifiesta como aquel apelativo de trabajadores y extrabajadores que no mutaron con las dinámicas de la empresa, sino que, complacidos por los beneficios que esta les otorgó, definieron una identidad que fue acumulativa de experiencias y trayectorias, ajenas o propias, con actitudes que afrontaron los desafíos territoriales y del pasado, y que son merecedoras de transmitirse hasta el presente.

Palabras clave: Magallanes; Empresa Nacional del Petróleo; memoria colectiva; patrimonio industrial, paternalismo industrial.

Abstract:

Since the discovery of hydrocarbons in the Magallanes and Antártica Chilena Region, the oil industry, mainly through the Empresa Nacional del Petróleo (ENAP), triggered transformations that impacted not only an economic and material structure, but, above all, a social and immaterial structure. To make it visible, a term that refers to an intangible emerges: *enapino*. This study explores its understanding and validity, based on an interpretation of memories of those who identify with it and make its subsistence possible. The term *enapino* manifests itself as an appellative of workers and former workers, who did not mutate with the dynamics of the company but, pleased by its granted benefits, defined an identity that is not other than the accumulation of experiences and trajectories, from others or their own, with attitudes that faced the challenges of the territory and the past, which are worthy of being transmitted to the present.

Keywords: Magallanes; Empresa Nacional del Petróleo; collective memory; industrial heritage; industrial paternalism.

* Magíster en Ciencias Sociales, con Mención en Patrimonio. Universidad de Magallanes, Chile. Artículo financiado y enmarcado en los proyectos: Programa Interno Nº 021002, de la Universidad de Magallanes, "Conjuntos habitacionales de la Empresa Nacional del Petróleo. Producción y proyección de vida cotidiana en Punta Arenas (1953-1988)" y ANID Núcleo Milenio PatrimonioS NupatS NCS2024_014. ORCID: 0000-0003-4671-3957. Correo-e: daniela.ambrosetti@umag.cl

** Doctor en Antropología Social y Cultural. Universidad de Concepción, Chile. ORCID: 0000-0002-8750-8936. Correo-e: rherrerao@udec.cl

Introducción

El descubrimiento del petróleo en Magallanes, en 1945, trascendió en variados ámbitos de la vida cotidiana en la región austral. De partida, condujo a una reorganización de la esfera económica local, graficada en el reemplazo de una industria ganadera –de la que derivaban actividades frigoríficas, mineras y forestales, entre otras– por una industria pesada de mayor complejidad y otra escala en requerimientos asociados (Cvitanic & Ambrosetti, 2022; Matus & Cvitanic, 2023; Martinic, 2013b). A partir de allí se desprende un conjunto de ramificaciones que fueron reconfigurando el diario vivir de la población, ya sea en términos materiales tangibles como en el orden de las relaciones sociales que fueron otorgando nuevos sentidos culturales a ese espacio construido.

Una de las caras visibles de esta trayectoria en la región fue, y sigue siendo, la Empresa Nacional del Petróleo (ENAP), creada por el Estado de Chile en 1950 (Ley Nº 9.618)[1], y responsable, de forma exclusiva hasta los inicios de la década de 1980, de conducir la prospección, extracción, refinación, almacenamiento, transporte y distribución del crudo en la zona y el país (Cvitanic & Matus, 2018b). El período en que se inserta su cronología en el contexto nacional, desde la decisión de iniciar su explotación comercial hasta la creación de una empresa de propiedad del Estado responsable de ella, cobra relevancia toda vez que coincide con un modelo de Estado desarrollista, que asumía un rol planificador y que apostaba a un modelo de crecimiento "hacia dentro", producto de una industrialización por sustitución de importaciones (Matus & Cvitanic, 2023). En este sentido, la ENAP fue representante de aquel espíritu que apuntaba a la modernización de la economía nacional a través de la autosuficiencia productiva, comprometido con favorecer el crecimiento de las industrias nacionales, pero teniendo al Estado como agente principal del mercado para asegurar así un progreso material, pero también moral de la población (Casanova, 2018).

En el caso del petróleo en Magallanes, en la década de 1950, el requerimiento de atraer mano de obra y especializarla significó también crear nuevos principios de organización y ocupación de un territorio de baja densidad poblacional, con un clima riguroso y escasamente interconectado. Para ello, recurrió a diversas estrategias materiales, espaciales y sociales, con el fin de buscar resolver los desafíos derivados de la necesidad de trasladar –y principalmente fijar– a aquella mano de obra a los lugares de producción, bajo condiciones que, más que propender a la abundancia, procuraron otorgar confort y comodidad con el fin de mejorar la productividad.

De acuerdo con estas premisas, las normativas, políticas y directrices implementadas por la ENAP, a lo largo de su trayectoria, acabaron por influir en el territorio austral de diversas maneras. En el presente artículo se explora una: la relación empresa/trabajadores. Este vínculo dio pie a la conformación de diversas prácticas, perspectivas de vida y valores que daban cuenta, en definitiva, de una forma de hacer y entender el espacio circundante, de intervenirlo y proyectarlo al futuro, siendo representativas de un grupo social magallánico, autorreconocido y reconocido por otros. A modo de precisar sus alcances, se explora a partir de un denominativo: el de *enapino*.

Para ello, se interpretaron discursos de quienes formaron parte de la empresa de manera ininterrumpida, a modo de abarcar y comprender la relación durante diversos procesos, como los de expansión, consolidación, declive y reinvención. Asimismo, se analizan relatos de quienes

Figura 1. Noticia de la prensa de la época a dos días del hallazgo de petróleo comercialmente explotable en la región de Magallanes y la Antártica Chilena

LA PRENSA AUSTRAL

¡HAY PETROLEO en Magallanes!

"Y hemos probado que este petróleo magallánico es comercialmente explotable"

Palabras del señor Intendente de la Provincia don Guillermo Arroyo Acuña

Optima calidad, grandes esperanzas y otras frases, nos dicta el Sr. Laurence K. Morris

Fuente: *La Prensa Austral* (1945, p. 1).

vivenciaron el vínculo con la empresa en diversas partes del territorio. En una primera instancia, a través de sus enclaves industriales conformados por asentamientos y campamentos petroleros dispersos por la Isla Grande de Tierra del Fuego y la costa oriental del estrecho de Magallanes. Y, en una segunda instancia, a partir de la presencia de la ENAP en Punta Arenas, en su edificio administrativo o maestranzas, o bien aquellos que habitaron, y aún habitan, en conjuntos habitacionales que se construyeron con apoyo de la empresa.

La idea de esta indagación se sustenta en los casi diez años de exploración que un conjunto de investigadores e investigadoras, desde una perspectiva transdisciplinaria y de filiación académica variada, comenzaron a realizar, primero desde la Universidad de Magallanes y el estudio disciplinar de la arquitectura y el urbanismo, de las diversas formas de ocupación y organización del territorio austral. En este énfasis surgió la relación territorio/industria, puesto que la segunda emerge como un factor determinante en el poblamiento austral y las expresiones espaciales que de ella derivan. En función de lo anterior, la ENAP, como referente que gatilló un segundo proceso industrial en la región, concentró valiosa atención, dada su versatilidad en los modos de ocupación, ya sea en espacios deshabitados de la costa oriental continental o la Isla Grande de Tierra del Fuego, como en la capital regional, Punta Arenas.

Estas investigaciones iniciales, ligadas a procesos de consolidación de asentamientos huma-

nos, desembocaron, a su vez, en una invitación a complementar dicho conocimiento. Y es que, en función de la implantación y la materialización de la industria en el territorio, se erigieron particulares relaciones y prácticas sociales, ratificadas por experiencias almacenadas en una memoria colectiva, que le otorgan una densidad social al espacio construido. En el caso de la ENAP, ello queda de manifiesto desde el momento en que los lugares en que se ubicaron los pozos, agrestes y alejados, implicaron la puesta en marcha de un plan de explotación en coherencia con una organización de faenas y habitabilidad acordes a las condiciones geográficas, climáticas y demográficas de por sí particulares.

A partir de lo anterior, se propone en este texto pesquisar en torno al denominativo *enapino*, reservado para trabajadores y ex trabajadores de la ENAP, con el objeto de intentar visualizar sus alcances, límites, ejes conductores y su reserva de sentidos asociativos. Para ello, se hace uso de diversas entrevistas (5) realizadas a partir de 2017 a ex trabajadores de la empresa, hoy asentados en Punta Arenas, producto de que, en algún momento de su estadía en ella, fueron trasladados a la ciudad luego de habitar en alguno de los diversos campamentos petroleros de Tierra del Fuego o del continente. Este proceso recopilatorio de información se cerró con la realización, en 2024, de un grupo focal (10) al que asistieron tanto propietarios de viviendas de la Villa El Golf, en Punta Arenas, como algunas de sus cónyuges, y que accedieron a sus residencias actuales producto de su filiación con la empresa, en la década de 1980. En paralelo, se revisaron diversas fuentes de información y divulgación de la propia ENAP, como el boletín *Infórmese*, las Memorias de la Empresa, y prensa de la época, además de parte del archivo documental levantado por el Proyecto FONDECYT Regular Nº 1200469 “La industria del petróleo en Chile: territorio, ciudad y arquitectura: Construcción de un patrimonio industrial de dimensión nacional”, dirigido por el Dr. Boris Cvitanić Díaz.

En el caso de las entrevistas, el foco estuvo centrado en la relación empresa/trabajador a partir de la vinculación territorio-industria-habitabilidad, que para el caso específico sería Magallanes-ENAP-asentamientos (permanentes o temporales). Respecto al boletín *Infórmese*, se buscaron referencias a la condición de *enapino* y sus contextos de significado. En general, en ambos casos, el objetivo fue rastrear, a través de relatos escritos y orales, el habitar de trabajadores de la ENAP en Punta Arenas, con el fin de conocer y analizar una variante más de la condición de lo *enapino*, categoría social rica a raíz de sus diferentes variantes, pliegues y posibilidades de significado, además de su valoración e importancia, principalmente en el territorio magallánico.

ENAP en Magallanes: cuna de lo *enapino*

La creación de la Empresa Nacional del Petróleo (ENAP) en 1950, con el encargo y la responsabilidad inicial de conducir el proceso de explotación del crudo, vino a proponer una organización, sistematización y continuidad al hallazgo formal del primer pozo petrolero en 1945, en el sector norte de la Isla Grande de Tierra del Fuego, en un lugar denominado Spring Hill, cuando aún aquellas labores estaban bajo la tutela de la Corporación de Fomento a la Producción (CORFO), también regulada desde el Estado (Martinic, 2005 [1983]; Cvitanic & Matus, 2019).

Si bien, con posterioridad, la ENAP ha seguido un rumbo que hoy la sitúa a distancia de la explotación del petróleo, las décadas posteriores a su

creación, y que giraban en torno a estas tareas, tuvieron una profunda repercusión en la organización de la vida social magallánica. Por un lado, la paulatina complejización del proceso productivo implicó agregar a las iniciales labores de prospección, la extracción, la refinación, el almacenamiento, el transporte y la distribución del crudo en un territorio donde previamente no había mayor infraestructura, lo que conllevó la transformación del paisaje austral previamente determinado por la actividad pastoril extensiva. Por otra parte, el contexto territorial en donde se dispusieron los pozos petroleros, caracterizado por la dispersión geográfica y un clima riguroso, obligaron a sortear una serie de desafíos relacionados con la organización y gestión de la producción. Y, en estrecha interdependencia con estos factores, y para poder resolver las dificultades halladas al momento de expandir y consolidar las faenas en las mencionadas particularidades, se implementó un conjunto de criterios, protocolos normativos y políticas coyunturales creados por la propia empresa.

Al respecto, la literatura especializada que ha profundizado en la estrecha relación establecida entre la actividad industrial del petróleo y las formas de ocupación y organización del territorio austral, se ha centrado mayoritariamente en la descripción morfológica del paisaje austral (Garcés et al., 2013; Cvitanic & Matus, 2018a) o bien ha profundizado en los aspectos territoriales, urbanos y arquitectónicos derivados de la actividad petrolera (Hetch, 2002; Domínguez, 2011; Acevedo, 2018; Matus & Cvitanic, 2016; Cvitanic & Matus, 2018b, 2019; Cvitanic & Ambrosetti, 2022).

En términos generales, estos aportes al conocimiento en la materia orientan la discusión hacia el interés por la puesta en valor de lo que se observa como un testimonio material hoy mayoritariamente en desuso. Dada esta condición, permanece medianamente desprotegido y expuesto a la posibilidad de quedarse desfasado en el tiempo y sin lugar en la vida contemporánea y, por tanto, bajo la amenaza del abandono. Desde esa línea de base emerge una literatura que erige argumentos que buscan redimir aquel legado aún inserto en el paisaje, vestigios que testifican modos de producción del espacio, y de la vida de los trabajadores –y sus familias–, que la industria petrolera magallánica dirigió y cobijó, pero que producto de transformaciones a todo nivel ya no se reproducen bajo los mismos parámetros que los fundaron y estimularon en sus inicios y apogeo. Y, como ocurre regularmente con estos impulsos ligados al rescate patrimonial, esta documentación es impulsada por la urgencia de recuperar una huella material tangible que ha entrado en procesos de deterioro por el paso del tiempo y el olvido, en miras de su inminente desaparición.

Desde una tónica similar de premura, de manera más reciente ha surgido un interés por otorgar densidad social a aquella materialidad que permanece como prueba de la particular ocupación y organización del territorio que legó la industria del petróleo en Magallanes a través de la ENAP. El objetivo de esta perspectiva recae en indagar sobre las diversas formas en que un territorio, yermo y casi deshabitado, fue apropiado colectivamente a partir de un inicial requerimiento industrial, pero sobre el cual se estableció una forma de vida social singular, articulada a partir de una premisa productiva. En este trance, tenemos aquellos aportes que intentan sintetizar la historia de Magallanes (Martinic, 2006) y de Punta Arenas (Martinic, 2013a) o bien la propia historia del petróleo en Magallanes, vista desde una perspectiva institucional (Puga 1964; Fuguellie, 1995; Martinic, 2013b). También están las miradas que se han centrado en las organizaciones de trabajadores (Ruiz, 2005; Muñoz, 1995) y, últimamente,

están los trabajos que buscan recuperar lo intangible de la memoria común a través de la recopilación de relatos de ex trabajadores de ENAP. Este acercamiento explora las formas en que se crearon sentidos y se llenó de significados aquella muda materialidad existente por parte de quienes habitaron ese espacio construido (Acevedo & Rojas, 2014, 2016; Acevedo, 2018).

En el caso de las contribuciones que enfatizan las expresiones espaciales del legado industrial de la ENAP en Magallanes, estas han tributado a la explicación multiescalar del asunto. Respecto de la dimensión territorial, esclarecen la implantación de la industria desde una dispersión inicial asociada a sus actividades productivas, hasta su complejización y consolidación en una red de campamentos, terminales, puertos, plantas, maestranzas y plataformas marinas. Sobre la dimensión urbana, interpretan la materialización de un hábitat colectivo creado *ex nihilo* como soporte a la actividad industrial a través de la incorporación de funciones residenciales y de equipamiento complementario. Finalmente, en el ámbito de la dimensión arquitectónica, han descrito y analizado la configuración de los espacios tanto habitacionales como de uso colectivo construidos (Cvitanic & Matus, 2018b; Cvitanic & Matus, 2019; Cvitanic & Ambrosetti, 2022; Cvitanic & Matus, 2024).

Por su parte, en el caso de la recuperación de las experiencias colectivas, los acentos están en el rescate de un pasado que, si bien aún es reciente, al mismo tiempo es lo suficientemente lejano como para que muchas personas solo las conozcan desde los recuerdos y no desde la vivencia misma. Cabe destacar que la finalidad de estas recopilaciones no es escribir una historia formal u oficial, en este caso de los trabajadores de la ENAP en Magallanes, sino más bien evidenciar el punto de vista de quienes moraron aquel hábitat industrial, y se lo apropiaron a través de articular su vida social en él. El objetivo es siempre el de conocer mejor, desde testimonios que hablan en primera persona, los gestos, decisiones, hábitos y momentos de aquel habitar por medio de los recuerdos de las vivencias que volvieron propio ese mundo (Besse, 2019).

Cabe mencionar que la valorización de experiencias alojadas en recuerdos no busca reescribir la historia; lejos de ello, solo pretende hacer parte a las nuevas generaciones de un pasado que vive en el presente a través de la memoria. Esto porque, tal como lo sugiere Halbwachs (2004b [1968]), la lógica de la rememoración se subordina a las necesidades de lo contemporáneo, puesto que los recuerdos se hacen manifiestos únicamente en la medida en que puedan establecer relaciones con la vida actual (Diego, 2013). Más aún, Manero y Soto (2005) enfatizan el rol transformador de la propia realidad social que puede tener el recuerdo al proveer nuevas pautas para interpretar el aquí y ahora. Por lo mismo, no sería su secuencia cronológica lo importante ni determinante, sino su capacidad de expresar preocupaciones actuales. No solo se recuerda, entonces, sino que, al hacerlo, se reconstruye a partir de establecer relaciones en y desde el tiempo.

Además de lo señalado, los recuerdos también emergen a partir del estímulo externo; son evocados desde otros y solventan la construcción de los sentidos de pertenencia al ser compartidos y conformar la memoria colectiva (Halbwachs, 2004a [1994]). Pero, para que estos se afiancen se hace indispensable un marco espacial que pueda fijar el pensamiento y otorgarle un escenario, ya que la memoria implica compartir un conjunto de significados que adquieren importancia a partir de dónde se gestó. Por ello, si este entorno se encuentra

bajo la amenaza de su desaparición, como en el caso advertido por los estudios de ciertas expresiones espaciales ligadas a la industria del petróleo en Magallanes, naturalmente repercute en el presente, pasando la memoria colectiva a convertirse también en un instrumento reivindicativo frente al olvido.

En concreto, este trabajo de recopilación de memorias, hasta ahora, se ha concentrado básicamente en el habitar en campamentos que la ENAP distribuyó mayoritariamente por la Isla Grande de Tierra del Fuego, entre 1950 y 1962 aproximadamente. A través de diversos testimonios reunidos, se describe un territorio que, aunque marcado por el aislamiento y la dispersión geográfica, fue racionalizado al transformar lo inhabitado en un suelo con reminiscencias urbanas, donde se desplegó un habitar, trabajar y recrearse colectivo altamente valorado por quienes lo vivieron. Mucho tuvo que ver, según se desprende de los relatos, el esfuerzo de la empresa que, en base a recompensar con bienestar y confortabilidad –tanto a trabajadores como a sus familias–, permitió que la ecuación trabajo bien hecho –asociado a progreso y desarrollo– junto a descanso y ocio –vinculado a vida familiar–, alimentara una férrea idea de estar en un lugar privilegiado, lo que transformó las viviendas en hogares, las calles en patios de recreo y las extensas jornadas laborales en espacios de camaradería.

Se sigue aquí la pista del paternalismo industrial, aquel modelo productivo fundamentado en la idea de disciplinamiento social –en tanto técnica de gestión institucional mediante mecanismos formales o informales–, de la fuerza de trabajo fabril y sus demandas. Heredero del mundo moderno, este acompaña tempranamente la idea de desarrollo desde la noción de apoyar la creación de un nuevo orden, apuntando hacia el progreso, a la par que un nuevo hombre, físico, moral y productivo, pudiese hacer frente a las amenazas del desorden y el caos que acechaban el rápido auge de la industria capitalista (Sierra, 1984). Pero transformar, en este trance, era modificar, aunque también modelar y ajustar, solo que no desde la represión, sino a través de la cooperación. Por ello, quizá la gran gestión del paternalismo industrial fue la de revestir de sensibilidad la noción de control social sobre el trabajador, asumiendo con ello que se incidía en una mayor productividad (Godoy, 2015).

Este patrón de organización productiva no operaba únicamente proveyendo incentivos materiales, sino también transmitiendo formalidades y/o normativas a través de discursos persuasivos. Estos actuaban como dispositivos de sociabilidad que permitían internalizar los principios regulatorios no como imposiciones, sino en tanto beneficios de la empresa (Mantecón, 2010; Venegas & Morales, 2017). De esta manera, clave es entender que este disciplinamiento social con una base productiva no ofrecía opresión ni era de carácter despótico, sino que más bien convencía en base a generar adhesión a consensos y proyectos colectivos, que suscitaban aceptación y, por medio de ello, participación.

Toda esta intervención disciplinaria debía establecer su atención sobre dos ejes fundamentales: el diseño del espacio y la programación del tiempo. Emergen aquí dos aliadas, la arquitectura y el urbanismo, en tanto operadoras de la transformación de los individuos, en este caso siguiendo principios de armonía e integración comunitaria. Básico entonces era crear entornos aislados, segregados y regulados en sus ritmos, lo que ayudaba al control de los tiempos de trabajo, pero también de los de no-trabajo (Sierra, 1990; Godoy, 2015).

En el caso que nos convoca, por las particulares condiciones geográficas de las tareas de explotación, la empresa debía cubrir, inevitablemente, una serie de requerimientos sociales de quienes laboraban en alguna de las distintas faenas implicadas, a excepción de las administrativas, concentradas en la capital regional, Punta Arenas. Para ello, conjugaron todos los principios básicos que describen el ejercicio del paternalismo industrial y sus requerimientos normativos, espaciales y temporales. Se erigieron campamentos petroleros que proponían formas de resolver diversos temas, como el de la vivienda, la salud, la educación de los infantes y la entretención, pero también un conjunto de aspectos ligados al desenvolvimiento de las relaciones sociales en su conjunto, con el fin de promover la camaradería, la colaboración y la buena convivencia en los espacios laborales.

De esta manera, ya sea en los terminales de Clarencia o Percy, las plantas de Manantiales o Cullen, el centro poblado de Cerro Sombrero, todos en Tierra del Fuego; Posesión y Gregorio en el continente, o bien en las plataformas Costa Afuera, por mencionar algunas referencias, surge y se consolida un relato evocativo de la experiencia de ser trabajador de la ENAP en Magallanes, sin tiempo preciso de origen, pero que de alguna manera se hace parte del lenguaje común y que se expande de manera gradual. Probablemente, su impacto repercutió al conformar un apelativo integrador, que operó a través de una verdadera condensación de cualidades para describir y delimitar un mundo que requería un punto de partida para expresarse. Nos referimos a la denominación *enapino*, uso social que refleja el estrecho vínculo que se dio entre industria y trabajador, y que otorga una serie de características representativas de quienes forman, o formaron, parte de aquella órbita. Se entiende que, en principio, alude a una esfera laboral, pero también se observa que su uso y valor social trascienden la misma para implicar un conjunto de propiedades socioculturales que exceden el ámbito de desempeño netamente profesional y expresan otro tipo de atributos colectivos.

Bien hemos aprendido que las identidades socioculturales, en el fondo, no son mucho más que lo que los grupos dicen de sí mismos, de sus recuerdos y proyección de futuro. Al ser el resultado de lo que las relaciones sociales generan no tienen elementos profundos escondidos o grandes misterios sobre los que indagar, sino que se conforman más bien como discursos que validan construcciones sociales que buscan ser, sobre todo, representativas de un grupo (Bengoa, 2006). Para ello, antes que exhibir grandes supuestos inmanentes, requieren ser relatos constantes, coherentes y reconocidos (Lévi-Strauss, 1977). Si los dos primeros elementos apelan a condiciones para generar adscripción y fidelidad interna a través de la persuasión, el tercero refiere a la aceptación por otros de aquello que se reclama como propio, lo que otorga una medida de éxito incontestable al ejercicio persuasivo que reúne.

En base a lo señalado, podría indicarse que la denominación *enapino* ha de entenderse como una categoría social, pero, más aún, se sitúa como un discurso identitario (Andrade & Mellado, 2016). Está presente en menciones oficiales, en tanto "espíritu de los trabajadores de ENAP" (Tokman, 2017), pero también en el habla cotidiana de la vida social magallánica, siendo referencia reconocida y aceptada por la sociedad en general, ya sea por quienes se sienten identificados con sus rasgos como por quienes identifican a otros por los mismos. Desde esa perspectiva, ha acabado convirtiéndose en una alusión que emerge sin esfuerzo en el hablar cotidiano austral. De hecho, las resonancias de lo *enapino* en Valparaíso y Biobío exis-

ten, sin duda, pero siempre de acuerdo con un uso que cuida de guardar las distancias con los "fundadores" magallánicos, quienes aparecen como más genuinos al actualizar una condición de "pioneros"[2].

Hacia una arqueología de lo *enapino*

I

Explorar lo que podría ser una etimología de lo *enapino* a partir de rastrear sus posibles orígenes conceptuales posiblemente nos alejaría del foco específico, determinado más por el despliegue de la denominación en la vida cotidiana. Por ello, más que su genealogía, en este caso interesa indagar en su vigencia, dada por su capacidad convocante y cohesionante; esa posibilidad de crear sentidos de pertenencia comunes en un colectivo que se siente representado por aquel conjunto de enunciados, percepciones y valoraciones, además de permitir a otros entender que aquel grupo existe.

Es que, en definitiva, la función del concepto *enapino* parece ser la de proporcionar elementos que permitan volver pensable el mundo desde un punto de vista colectivo al otorgar un marco de sentidos a prácticas, creencias y valores con los que se logra delimitar lo propio y lo ajeno. Este proceder exterioriza trayectorias de entendimiento y brinda densidad al vínculo social. Y, como en todo colectivo, una de las referencias ineludibles para la construcción y la perdurabilidad del lazo común, junto con los rituales cotidianos, la otorga la memoria colectiva, aquel relato que se aferra menos a dar cuenta de las vivencias del pasado que a sintetizar aquellos elementos y mecanismos que se intenta hacer perdurar (Halbwachs, 2004a).

Bajo ese entendimiento, se puede partir señalando que la condición de *enapino* hoy en día se actualiza en ciertas celebraciones marcadas como hitos significativos en el calendario de trabajadores y ex trabajadores de esta empresa –como lo sería el 29 de diciembre, día del descubrimiento del petróleo en Magallanes–, además de la reunión cotidiana en aquellos lugares de encuentro que se han constituido como referencias en la ciudad de Punta Arenas –locales en el centro de la ciudad, sedes de trabajadores, etc.–. Pero, a su vez, de forma latente y permanente, se hacen renovaciones a una narrativa que actualiza una continuidad del presente con el pasado, no a través de restaurar una colección de recuerdos inertes o imágenes dispersas, sino construyendo un contexto que permite entender la actualidad desde aquel pasado, porque le otorga marcos de sentido (Ramos, 2013). Así, el lenguaje, a través de relatos que se conforman como verdaderos argumentos, actúa como un dispositivo de resignificación de elementos funcionales a la reproducción del grupo y la creación de sentidos de pertenencia. No necesariamente hablamos de narraciones que fijan o estructuran, sino de una puesta en escena discursiva siempre en movimiento, inserta en el propio tiempo que crea, por lo que está constantemente estructurándose para seguir cumpliendo su función: definir un "nosotros". No obstante, esta denominación colectiva, para reproducirse, ha de adaptarse a la dinámica social de quienes han sido definidos como "otros".

En el caso que nos convoca, un fundamento basal cohesionante lo otorga la férrea relación que expresa el propio enunciado: *enapino* deriva de ENAP, por lo que se explicita una estrecha comunión industria del petróleo/trabajadores del petróleo. Y todo indica que forma parte de un discurso levantado en conjunto entre trabajadores

y distintos órganos de la empresa y con el que, sobre todo, buscan reflejar una relación de mutuo beneficio, porque cada uno pone de su parte:

> ENAP es una de las grandes empresas del país, no tanto por la sofisticada maquinaria que usamos, ni por la tecnología empleada en sus procesos, sino por sus trabajadores, donde ejecutivos, profesionales, empleados y operarios, con gran espíritu de equipo llevan orgullosos la "camiseta enapina". La fuerza de una empresa radica esencialmente en la calidad de sus miembros y su grandeza es la suma de los méritos de aquellos que han pasado por ella, de los que la integran y de aquellos que ingresarán a sus filas en el futuro (ENAP, 1984, p. 2).

Este vínculo de empatía recíproca, a su vez, requería de argumentos que lo sostuvieran y, por qué no, lo realzaran. Tal parece ser la función –a veces evidente, otras de forma implícita– del enunciado descriptivo que indica que la consolidación de la explotación petrolera en Magallanes fue un logro colectivo de conquista de un medio inhóspito, a través de herramientas que la modernidad proporcionó. De ahí emerge, de hecho, la fortaleza de la idea de industrialización, asociada siempre al mundo moderno:

> Con más intuición que ciencia, más imaginación que geología, más fe que certeza, un puñado de pioneros tuvo el coraje suficiente para pasar por sobre desilusiones, derrotas, fracasos, fraudes y hasta escándalos, para finalmente, una fría madrugada del 29 de diciembre de 1945, ver por primera vez el prodigio del chorro negro. El sueño hecho realidad (Dávila, 2005, p. 9)

> Se trató de una verdadera "conquista territorial" del territorio fueguino, una suerte de colonización paulatina que fue esparciéndose por distintos confines de la isla, configurando el carácter de varias generaciones de enapinos que pasaron por dichos campamentos (Tokman, 2016, p. 11).

> Sin duda que fue una etapa sacrificada, de mucho esfuerzo y tesón, vivida por hombres de coraje que forjaron una verdadera escuela formadora de hombres que, sin desfallecer, siempre optimistas, echaron sólidas bases de lo que es hoy nuestra Empresa […]. La fortaleza moral de estos pioneros, la fuerza de su entusiasmo y la responsabilidad con que asumieron sus tareas, fueron las principales herramientas que hicieron posible la realización de un sueño largamente acariciado: encontrar petróleo en Chile […]. Las dificultades encontradas no fueron un obstáculo; el clima inclemente, la falta de caminos, los pocos medios con que se encontraba, sólo sirvieron de acicate para superarlas y llegar a la meta establecida (ENAP, 1982b, p. 3).

> La mera consignación de las distintas obras y faenas que han representado los esfuerzos realmente admirables de la CORFO y de la Empresa Nacional del Petróleo, a lo largo del medio siglo transcurrido desde 1945 hasta nuestros días –empeño realizado colectiva y mancomunadamente en el tiempo por miles de ingenieros, geólogos, otros profesionales y técnicos, y trabajadores, en tareas que en ocasiones tuvieron mucho de sacrificadas, abnegadas y hasta casi heroicas–, no es suficiente para comprender a cabalidad su enorme significación para Magallanes (Martinic, 2013b, p.172).

II

Será a partir de esta vinculación inicial empresa/trabajador, que actúa como marco general de referencia, que el mundo *enapino* dibujaría una cartografía del territorio magallánico, remitiendo a una gran transformación del mismo a partir del nuevo paradigma de ocupación y apropiación del espacio:

> La llegada de la ENAP a la Provincia de Magallanes ha transformado ese territorio, que había sido hasta entonces exclusivamente pastoril, en una zona a la vez agraria y minera en que los rebaños de ovejas arriados por hirsutos ovejeros contrastan con las plateadas plantas petroleras, los árboles de pascua, los oleoductos y hasta las antorchas que ha venido a dar nuevo sentido a la denominación de Tierra del Fuego (Puga, 1964, p. 98).

Conviniendo con estudios anteriores (Acevedo & Rojas, 2016; Cvitanic & Matus, 2019; Fuentealba, 2020), el inicio de las faenas de extracción, refinamiento, almacenamiento, transporte y distribución del petróleo comprendió un conjunto de nuevos desafíos para el territorio, especialmente en la Isla de Tierra del Fuego. Y no solo en términos de maquinaria y dotación destinada a la producción, sino también en relación con la captación, el traslado, la mantención y el perfeccionamiento de mano de obra, siendo la necesidad de disponer de ella en los mismos lugares de producción uno de los retos más álgidos a resolver.

En lo relativo al primer ámbito, se habilitó una red de caminos, se instalaron kilómetros de oleoductos, gasoductos, poliductos e incluso se construyeron aeródromos, además de puertos de embarque que, desde la Isla Grande de Tierra del Fuego, fueron siguiendo la boca oriental continental del estrecho de Magallanes hasta adentrarse en la propia cuenca marina. Este devenir por el espacio insular derivó en la creación de los campamentos del petróleo, entre 1950 y 1962, aproximadamente, entre los cuales destacan Manantiales, Cerro Sombrero y Cullen, en la Isla de Tierra del Fuego, a los que se sumarán Gregorio y Posesión, en el continente:

> Para el desarrollo de su producción la Empresa tenía construidos en Magallanes, al 31 de diciembre de 1963, 828 kilómetros de caminos troncales, 1.129 kilómetros de oleoductos, gasoductos y poliductos, además de los puertos de embarque de Gregorio en el continente y de Clarence y Percy en Tierra del Fuego (Puga, 1964, p. 98).

En relación con la segunda instancia, puede decirse que este modelo de los asentamientos permanentes estuvo sometido a la necesidad de responder al desafío del poblamiento en un contexto de dispersión territorial, aislamiento geográfico y rigor climático. Frente a estas exigencias, la empresa adoptó la estrategia de crear las mejores condiciones de habitabilidad posibles, dado el prisma del paternalismo industrial ya referido previamente. Bajo las ideas de bienestar, y mirando el futuro desde la fe en el progreso, la propuesta pasó por la racionalización del territorio y, con ello, de la forma de vida de sus habitantes (Gutiérrez, 2016).

Por lo anterior, siguiendo los principios del habitar/trabajar/recrearse/circular, propios de la arquitectura y el urbanismo modernos, la ENAP se dispuso a ponerse al servicio del trabajador de acuerdo con lo se asumía como tal en la época, que al mismo tiempo se entendía como parte de una reforma social que llevaría al progreso (Domínguez, 2011). Esta lógica, representativa del momento de construcción de los asentamientos, consolidaba principios y políticas de fomento y protección a la estabilidad familiar y comunitaria, otorgando no solo buenas condiciones de alojamiento a los trabajadores, sino también autosuficiencia y comodidad para el grupo familiar. Ello definió un entorno controlado y subyugado a lógicas de producción, pero acompañado de una habitabilidad enfocada en el bienestar de las personas, con diversos servicios orientados a la confortabilidad de trabajadores y quienes los rodeaban.

De esta manera, lo *enapino* parece albergar una autoconsciencia de tener un estándar de vida privilegiado en relación con otros oficios y desempeños en la región, lo que permitía resolver una ecuación: la percepción de un trabajo duro y difícil era compensado con comodidades y beneficios pensados para el colectivo, lo cual otorgaba un equilibrio muy bien evaluado por parte de los trabajadores. Se erigieron estos “espacios cerrados” (Martinic, 2013b), en medio de planicies expuestas

al viento y un clima glaciar, pero asumiendo que el aislamiento era recompensado no solo en orden individual, sino que también para el núcleo familiar. En aquellas "modernas poblaciones" (Puga, 1964), además de los servicios básicos (alcantarillado, agua potable, luz y espacios de ocio), el tema escolar estaba resuelto para los niños, a las mujeres se les incorporaba como madres, pero también con otro caudal de actividades posibles y susceptibles para una buena "dueña de casa", y así vivían "todos juntos".

> En ese tiempo, figúrate, de Cerro Sombrero [campamento de Tierra del Fuego] había dos vuelos al día, mañana y tarde. O sea, muy conectado, pero muy conectado. Y, además, ahí teníamos el cine, la piscina, el gimnasio. También la cancha de palitroque. Y para las señoras también: había cursos de tallado en madera, de tejidos de telar, de fotografía, cursos de teatro. Todo tipo de cosas (C. G., entrevista).

> Vivir en el campamento no era tan sacrificado, porque uno tenía las comodidades: gimnasio, colegio, piscina, cancha de fútbol…y contrataban personas para cursos para las esposas de los funcionarios y nosotras tomábamos todos los cursos que llegaban (Voz 7, Focus Group).

> Los niños lo pasaban estupendo, porque no tenían temor a nada. Era un paraíso. Salían, sacaban la bicicleta y la dejaban fuera de la casa. A nadie le iba a pasar que se la sacaran, que le sacaran alguna cosa (D. M., entrevista).

> Mira, para mí lo familiar era lo primero, obvio (Voz 9, Focus Group).

Operaba entonces una verdadera paradoja. Por un lado, se conformaron asentamientos en que la propiedad total, de viviendas, instalaciones, infraestructura, suministro de servicios, etc., era íntegramente de la empresa; a los residentes se les otorga únicamente la condición de "usuarios", sin posibilidad de proyectar radicarse de forma definitiva (Martinic, 2013b). Nadie habitaba allí de manera permanente antes de la explotación del hidrocarburo y, de igual manera, nadie continuaría habitando una vez que la producción se detuviese (Gutiérrez, 2016). Pero, por otro lado, como contrapeso a aquella limitación, la empresa dotó a estas poblaciones de una determinada infraestructura orientada a otorgar confortabilidad a quienes la habitaran y, además, por sobre ella, también todo un conjunto de asociaciones deportivas, clubes sociales (aéreos, de Leones), juntas vecinales y agrupaciones folklóricas, en tanto instituciones sociales que otorgaban un ritmo a la vida social. De alguna manera, la intensidad del presente alejaba la idea de pensar el futuro.

> Se congeniaba mucho. Los campeonatos deportivos, los festivales folklóricos, que reunía a gente de Cullen y Cerro Sombrero… se hicieron festivales en ambos lugares (Voz 4, Focus Group).

> "Y lo otro… eran las carreras de autos, el Gran Premio de Porvenir y Río Grande. Íbamos a verlas y toda la cuestión…" (Voz 3, Focus Group).

Y esta exaltación del hoy tenía un supuesto clave ya señalado: la fuerza del colectivo. Por sobre la idea de la familia nuclear como estructura organizacional básica, se erigía lo *enapino* como referencia básicamente congregante: aludía a la gran familia del petróleo, compuesta por un conjunto de trabajadores que se articulaban en base al compañerismo y el respeto; sus familias nucleares, que convivían entre sí bajo principios de solidaridad y mutua cooperación; y la empresa, la gran madre que siempre los entendía, les daba lo mejor, porque los escuchaba y velaba por ellos. El sentido de pertenencia estaba asegurado.

> La fiesta [celebración del 29 diciembre, Día del Petróleo] se hacía en almuerzo; cordero, fruta. Con tu familia. Y lo hacían incluso en un campo, acá afuera, en diferentes partes, pero con tu familia (E. H., entrevista).

> Sí, es una muy buena empresa. Desde el orden social hasta el laboral, bastante cuidado. Es una empresa donde tú te puedes desarrollar. Y una ventaja es que es una empresa en que uno puede decir lo que piensa y después seguir trabajando. Y digamos que en otras empresas no se da eso. Te mandan a cursos, hay estabilidad… nunca un problema de convivencia, había buena alimentación, los viejos hacían su pega… (C. A., entrevista).

> Figúrate, yo acá pagaba arriendo. Me fui a Cerro Sombrero [campamento del petróleo en Tierra del Fuego] y tuve casa, tremenda casa, 4 dormitorios, 2 baños, tremendo patio… y no pagaba luz, no pagaba gas, tenía teléfono (C. G., entrevista).

Los estudios de Acevedo & Rojas (2014) acompañan lo señalado. Sus recopilaciones refieren a los asentamientos petroleros como particulares, precisamente porque se entendían como un todo sostenido en las "relaciones de convivencia que se daban entre los distintos campamentos" (p. 93). Y desde allí habrían emergido ciertas propiedades congregatorias, como *comunidad enapina* y *enapinos*, que tenían igualmente su eco en órganos de difusión internos, como la publicación *Infórmese*, dependiente de la empresa. De acuerdo con los autores, estas nociones expresarían una articulación imaginaria vivida, sobre todo, a partir de las propiedades cohesionadoras de las ya señaladas actividades de índole deportivas y culturales que formaban parte del calendario anual de los moradores, y cuya importancia estaría precisamente en su capacidad de convocar y aglutinar a los habitantes de los campamentos petroleros desplegados por Tierra del Fuego y parte del continente, bajo el alero y la ascendencia de la ENAP. Ser *enapino* era entonces, de acuerdo con estas premisas y los diversos testimonios existentes, ser parte de una familia, de la gran familia *enapina* (Acevedo & Rojas, 2014, 2016; Acevedo, 2018).

A partir de estos antecedentes, podemos agregar que las particulares condiciones de infraestructura y habitabilidad derivadas de las necesidades productivas, que se encontraban estrechamente ligadas a políticas y principios sociales propios del paternalismo industrial, generó en los habitantes de los campamentos un imaginario comunitario con un marcado arraigo territorial en ese espacio. Frente al viento, el frío, las distancias, la oscuridad temprana o el aislamiento geográfico, estos asentamientos ofrecieron instalaciones no solo acordes a la conformación de un hábitat apropiado. Sobre esta base material, y frente a la distancia emocional inevitable en tales comarcas, la concreción y la reproducción de una comunidad *enapina* permitió habitar esos espacios de una manera singular y altamente valorada por quienes lo vivieron. Así fue como las viviendas se transformaron en hogares, los campamentos en lugares privilegiados para vivir y los encuentros entre asentamientos las instancias rituales necesarias para confirmar la vigencia de la colectividad.

> Las casas, los vehículos con las llaves puestas, las puertas del patio abiertas. Nosotros, la puerta de la entrada de la casa, la llave quedaba puesta, ahí estaba […]. Y de repente llegaba la vecina y se tomaba su cafecito…" (C. G., entrevista).

> Realmente la gente se llevaba muy bien. El respeto era algo importante. Un respeto por el jefe en el día, pero si en la tarde había que juntarse, ir al gimnasio, compartir, era otra cosa. Había bastante convivencia. ¿Y eso era porque éramos enapinos? Sí, nosotros siempre teníamos ese tema, el enapino, que enapino significa empresa… porque como decían los más viejos aquí, se tenía la camiseta puesta (D. M., entrevista).

III

Desde una perspectiva más individual o personalizada, tenemos la expresión del mismo vínculo empresa/trabajador que se transmite desde una experiencia laboral, pero que excede ese nicho para significar también otros ámbitos. Para muchos empleados de la ENAP, trabajar allí fue una escuela de vida, un lugar donde se formaron valores y se aprendió a ser *enapino*. Era una relación que se transformó en algo que se entiende desde la noción de "toda una vida", ya que se entraba a la empresa de joven y se hacía carrera internamente.

> Claro, vieron que me desempeñaba bien y me quedé allí, haciendo otro trabajo más específico, y eso me permitió que luego me llamaran a contrato indefinido (Voz 4, Focus Group).

> ENAP es una empresa muy técnica… usted no puede sacar a un gallo de la calle y llevarlo a ENAP para trabajar… es un trabajo especializado en el cual uno tiene que sacarse la mugre… (C. G., entrevista).

> Recordar los inicios de ENAP por allá en el año 74 cuando ingresé, recién salido de la universidad, y emprendí este camino que fue una experiencia muy enriquecedora, un entrenamiento muy completo (D. M., entrevista).

En un orden más genérico, el contexto fabril que engloba la relación empresa/trabajador se vuelve determinante, en la medida que fusiona el acontecer local con el discurso global desarrollista que venía impulsando el Estado de Chile desde la década de 1940, con la creación de la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO). En este caso, el relato surgido operó en un doble sentido: escenificó el triunfo de lo humano por sobre una naturaleza hostil, que fue doblegada y dominada, al mismo tiempo que permitió a un grupo de personas vivir la idea de progreso, con sus promesas de bienestar asociadas al desarrollo. Además, que ENAP fuera una empresa dependiente del Estado permitía también a ese colectivo sentirse parte importante en la construcción de la idea de aquel país en vías de crecimiento y contribuyendo de manera real a ello.

> Antiguamente la ENAP era demasiado importante en Magallanes. Te voy a contar que el Servicio de Caminos de la ENAP tenía más maquinaria, y más moderna, que Vialidad en Magallanes… ENAP tenía que hacer todo; tenía que hacer sus caminos, mantener esos caminos para quitar los equipos de perforaciones, para los desarmes de equipos, todo… desde el año 45 en adelante, esta ciudad, la región de Magallanes, cambió por el descubrimiento del petróleo (C. G., entrevista).

> La Empresa Nacional del Petróleo tiene, y tendrá siempre un significado relevante para el desarrollo de la XII Región… soy una persona orgullosa de haber pertenecido a ENAP por 40 años (D. M., entrevista).

También se hace alusión continuamente a una reciprocidad manifiesta: había mucho sacrificio en el ámbito laboral, pero la empresa, consciente de ello, recompensaba al ofrecer sobre todo confortabilidad al trabajador y su familia. Ella entendía el contexto y actuaba en consecuencia. Por su parte, desde el otro lado, se trabajaba "con la camiseta puesta".

> Antes era mucho más maternal la ENAP… en todo sentido, acogedora… si la gente tenía problemas, lo enviaban a uno a que se sanaran los problemas que tenía (E. H., entrevista).

> La empresa me mandó a hacer capacitación, entrenamiento, ensayo, tuve un curso en la Comisión Chilena de Energía Nuclear, me mandaron al extranjero también (Voz 6, Focus Group).

> Y lo otro es que tú tenías una… la familia, nosotros, y los trabajadores en general, teníamos una asistencia que era de inmediato (Voz 3, Focus Group).

> La ENAP se preocupaba mucho que la gente estuviera a gusto trabajando. Era una empresa muy acogedora (C. G., entrevista).

> Claro, si el gerente lo dice, se hace. Siempre nos manejamos así nosotros, en esa línea. Se podía dar una opinión, mejoremos tal cosa, pero si se decía "esto es lo que hay que hacer", listo (E. H., entrevista).

> Y claro, aquí hablamos de una cultura del trabajo. Son muy pocos los gallos que de repente hacen abuso, por ejemplo, con las licencias médicas y cosas por el estilo. Y, en general, la gente cuando llega a trabajar llega contenta… los viejos llegaban y "que te vaya bien, nos vemos". Había un compromiso con el trabajo mismo, cariño por su trabajo (C. G., entrevista).

IV

A partir de otras referencias se ha establecido el paralelo de estas condiciones de habitabilidad y sociabilidad con la de los pampinos en las oficinas salitreras, los mineros del cobre en Chuquicamata o Sewell, los propios mineros del carbón en Lota y Coronel, los balleneros de Quintay o los textiles de Tomé (Andrade & Mellado, 2016). Sus realidades también eran la de trabajadores ligados a procesos productivos intensivos, asentados en los lugares donde se localizaba la actividad extractiva y que establecían, a partir de aquellas relaciones cotidianas, una especial vertebración con el territorio. Esta condición tenía eco en la mirada empresarial que, a través de esta cercanía, alcanzaba mayor rentabilidad en la obtención de la materia prima. En todos estos casos, hablamos de faenas desaparecidas, o que, cuando menos, han abandonado aquellos territorios donde emergieron las categorías que los agrupó y otorgó singularidad.

Sin duda, estas referenciales tiene similitudes con el caso de los campamentos del petróleo en Tierra del Fuego, prácticamente deshabitados hoy y en la mayoría de los casos desmantelados[3] desde finales de la década de 1970 y principios de la de 1980 a partir del traslado de sus habitantes, principalmente hacia la capital regional, Punta Arenas. Si bien en aquella ciudad no se presentaron hallazgos de hidrocarburos a explotar, la influencia de la industria la posicionó tempranamente, en la década de 1950, como centro administrativo. A través de esta condición fue adquiriendo una paulatina importancia en la construcción de infraestructura residencial y equipamiento urbano[4].

Entre 1963 y 1988, se crearon allí al menos 12 conjuntos habitacionales que daban respuesta, de distintas formas, al acceso a vivienda por parte de trabajadores *enapinos*, además de otras estrategias de ayuda técnica o económica, consistentes en préstamos para reparar, mejorar o ampliar casas propias, compra de sitios, compra de viviendas DFL-2 y no DFL-2, convenios para autoconstrucción, realización de anteproyectos, revisión de trabajos ejecutados y cooperaciones con diversas instituciones, como la Corporación de la Vivienda, el Servicio de Seguro Social y la Asociación de Ahorro y Préstamo Patagonia (ENAP, 1965a, p. 2; 1965b, p. 6; 1966a, p. 7; 1966b, p. 13; 1968, pp. 15, 18).

Todo este proceso fue aumentando a medida que se transformaba el eje productivo de la ENAP, ya sea por agotamiento del recurso o decisión estratégica, y, en consecuencia, los asentamientos cercanos a los lugares de producción de petróleo iban perdiendo su sentido, naturalmente desde una perspectiva empresarial. Con ello, la condición de *enapino* comienza un inevitable proceso de reconfiguración, dado el cambio de escenario. En principio, el nuevo entorno urbano, con sus características de mayor densidad, volumen y heterogeneidad social, impone nuevas condiciones de vida a la comunidad *enapina* y, con ello, la necesidad de recomponer sus orientaciones congregativas.

> Yo tengo varios vecinos que conocí en el campamento, pero no tanto… Es más abierto, es más abierto ahora.

Y mucha gente ha ido y venido (Voz 3, Focus Group).

Hay un sentimiento, donde se juntan los enapinos. En las mismas poblaciones. Pero hay otras personas que van a otros lados (C. A., entrevista).

Aquí, en Punta Arenas, sí existe la vida de enapino, somos bien aclanados. Es que somos hartos, donde viva uno, hay más. Es imposible desligarse… no, uno no se desliga (C. G., entrevista).

Toda la población [El Golf] era completa de enapinos. Ahora yo creo que quedarán un 40 %, y quizá menos, porque muchas casas se han vendido (Voces 7 y 9, Focus Group).

Aparentemente, el nuevo entorno no modificó los sentidos de lealtad ni compromiso, pero sí obligó a adaptar sus puntos de referencia y ámbitos de desenvolvimiento. Pero, en su proceso de adaptación, lo *enapino* se despliega desde el repliegue. Sigue siendo una mención que aglutina y promueve una identidad colectiva, pero básicamente se sostiene a partir de los relatos de una experiencia anterior compartida, más que de un presente común. De alguna manera, el hoy es vivido a partir del contrapunto que ofrece con aquel pasado en el que se alojan recuerdos que se configuran como añoranzas, en la medida que se habla de aquello que el presente no tiene.

En una cuadra, habrá tres o cuatro enapinos. E incluso siendo que estamos aquí, nos vemos re poco… en el supermercado, al darle la vuelta al perro… o nos encontramos en los funerales (Voz 3, Focus Group).

Antiguamente sí, ahora no sé, ahora ya… bueno, ahora hay mucho individualismo, no hay mucho compañerismo, ha cambiado mucho la vida, ¿sí? Por que cuando yo entré, no había… o sea, la gente era muy sana, muy buena, te contaba las cosas, te ayudaban, te invitaban, entonces hoy en día no sucede eso (E. H., entrevista).

La gente unida era la del campamento, más que nada (Voz 3, Focus Group).

El afianzar los lazos dentro de la población [Cullen] era muy distinto, se integraba más. Había una comunidad más estructurada y se vivía mejor" (Voz 8, Focus Group).

Yo diría que los que fuimos fundadores, en general, fuimos privilegiados por la Empresa Nacional del Petróleo. En el campamento Percy, Clarencia, Manantiales, Sombrero, Posesión, Gregorio… todos (C. G., entrevista).

Se instala así una condición particular: la ciudad de Punta Arenas ofrece posibilidades y alternativas prácticas que los campamentos no podían, como la casa propia, educación superior para los hijos, agilidad en trámites, mejor acceso a información, entre otras. Pero ello no necesariamente significó que la vida anterior sea vista como una etapa superada, sino que los recuerdos actúan a manera de contraste con lo que hoy, a pesar de los beneficios existentes, ya no se da. Algo se quedó en los campamentos, que afianzaba el vínculo empresa/trabajador. Y si bien el presente que se vive no es desalentador, ya que no se vive anclado en el pasado, este supera al primero.

Desde ya, mira, desde el 2000... Desde el 2000 en adelante, ya no es la misma ENAP familiar que había antes. Cambió. Pero radicalmente. Y hasta la fecha sigue cambiando, más todavía…. Se vive del recuerdo, sí, se vive del recuerdo (L. A., entrevista).

Pero se ha perdido, no sé, la esencia, el espíritu, la forma de ser… ¿Cómo podría decirse? De comprometer, comprometerse (D. M., entrevista).

Y todos compartían con todos y los chicos jugaban entre todos. Y cuando había fiesta, todo el mundo participaba… Qué sé yo, había una comunidad muy, muy comprometida. Fue muy lindo ser poblador (C. G., entrevista).

Conclusiones: el habitar *enapino* sin hábitat

Siguiendo a Halbwachs (2004b [1968]), podemos sugerir que la historia no es lo mismo que la memoria. Esta última sería más que una colección de recuerdos inertes puesto que se conforma como un mecanismo de reconstrucción y resignificación de elementos que necesitan ser incorporados a partir de la necesidad de reactivación colectiva de la realidad pasada, pero en el presente. Recordar, en alguna medida, es construir tiempo vivo, otorgando sentidos sociales al hacerlo. Así, el mecanismo narrativo de la evocación clasifica y ordena el pasado para otorgar una trama al presente. Operando por igual, las formas del olvido y el recuerdo configuran una realidad que permite otorgar sentido de continuidad a la relación pasado-presente, de manera de permitir pensar un futuro. Así valida prácticas sociales, recupera relaciones o situaciones, siempre en el afán de revivir –y de esta manera interpretar– el "ayer" desde los parámetros y necesidades que propone el "hoy" (Ramos, 2013).

De acuerdo a ello, una línea de seguimiento de la reconstrucción de lo *enapino*, en su reconfiguración a partir del traslado de los trabajadores a la ciudad de Punta Arenas, puede asociarse a la tradicional añoranza que hace juego con el refrán de "todo tiempo pasado fue mejor". Esta línea expresa, generalmente, el desacomodo de ciertos colectivos con el presente, como una forma de indicar sus carencias o bien sugerir que han sido excluidos del mismo. En este sentido, en el caso que nos convoca, ciertas características, valores y formas de hacer siguen formando parte del presente, pero es más que nada a través de los recuerdos de quienes vivieron un período de apogeo de un modelo productivo que incluía trabajar, habitar, recrearse y circular. Lo *enapino* se reproduce, pero su vigencia va sujeta a relatos que remiten a un modo de vida anterior y que sustenta su actualidad en las diferencias con el hoy.

> Lo enapino es un sentido, tiene un sentido común, de gente que vive cerca y que de alguna manera está arraigada (Voz 6, Focus Group).

> Se vive del recuerdo, sí, se vive del recuerdo (L. A., entrevista).

Se vuelve entonces pertinente aquella distinción establecida por Lefebvre entre el hábitat y el habitar (2013 [1974], p. 210). Si el primero remite a una morfología susceptible de ser descrita –como un cuadro–, el habitar es una actividad, una situación hecha de relaciones sociales. La clave en este caso estaría en el sentido de "apropiación" de aquel espacio construido, entendiendo que "apropiarse no es tener en propiedad. Es hacer su obra, modelarla, formarla, poner el sello propio" (Lefebvre, 2013, [1974], p. 210).

En este sentido, la idea de recordar no solo remite a un tiempo, también debe incorporar una espacialidad: "Un espacio es la inscripción en el mundo de un tiempo" (Lefebvre, 2013 [1974], p. 211). Por tanto, si un lugar ha recibido la huella de un grupo y, a la inversa, cada detalle de este tiene un sentido que únicamente pueden comprender los miembros del mismo –porque todas las partes del espacio que han ocupado corresponden a otros tantos aspectos evocativos de la vida social–, quizá en este caso particular estamos frente a una constatación no menor: los principios organizativos del paternalismo industrial no solo lograron satisfacer o posibilitaron solucionar aspectos básicos de higiene y otros (hogar, educación, especialización, etc.), sino que también permitieron a un grupo social construir su lugar en el mundo. Y, para los *enapinos*, ese lugar parece haberse situado en los campamentos del petró-

leo, mayoritariamente erigidos en la Isla Grande de Tierra del Fuego, aunque también algunos en el borde costero del continente.

Si bien las investigaciones abocadas a las expresiones espaciales ya advierten el riesgo del olvido, al modificar el foco de interés desde lo material hacia las percepciones de quienes las habitaron, y que por diversos factores hubieron de trasladarse, es posible advertir que no solo han quedado aquellos espacios en el abandono material, sino ahora también sus nuevos hábitats no han logrado reproducir el habitar.

En conformidad con lo anterior, es posible establecer una afirmación que obedece a una paradoja: efectivamente, los trabajadores de ENAP no eran dueños, ni de las instalaciones, ni tan siquiera de las casas, pero eso no impidió que se apropiaran del entorno construido y lo volvieran suyo. El paternalismo de la empresa otorgó un marco a partir del cual construir colectivamente, lo que permitió pensar como propio aquello que en términos formales era propiedad de otros. Y si el relato, además, se va construyendo desde la noción de un espacio en el que no había nada antes, y se viste de un carácter místico, epopéyico, tanto en lo material como en lo social, estamos frente a un relato poderoso que perfectamente puede ser para siempre parte de una experiencia que otorga sentido de pertenencia a un grupo, más allá de las dificultades del presente. Frente a un futuro difuso, la justificación de la colectividad se encuentra en el pasado, lo único común que va quedando.

Aún resta por indagar más sobre aquella relación difusa y ambigua en torno a las repercusiones no previstas en la implementación del conjunto de mecanismos del paternalismo industrial, más aún en un contexto contemporáneo donde los discursos que apuntan al colectivo, a lo común de y las relaciones sociales, son escasos. Al respecto, pero en lo relativo a la industria privada, lo explorado en la recopilación de experiencias locales permite ofrecer un foco más amplio de la implementación de los principios paternalistas en poblaciones de la zona austral, en específico respecto de ex trabajadores de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, y su política de construcción de viviendas en la ciudad de Punta Arenas, siempre visto desde la perspectiva de quienes vivenciaron una relación laboral con la industria (Herrera, Matus et al., 2019; Herrera, Ambrosetti & Cvitanic, 2019). En aquellos casos, se observa que la memoria colectiva se erige como una forma de resistencia frente a los cambios que la propia vida urbana fue generando entre los trabajadores habitantes de la población.

Dando continuidad al caso de lo *enapino* y las posibilidades de ahondar que surgen de este, sería de interés profundizar en la perspectiva maternal con la que se hace referencia a la ENAP, debido al hincapié que resalta en los relatos sobre su preocupación y atención a los cuidados, la protección y la comprensión de las personas que eran dependientes de esta. Y, a la postre, explorar cuánto de lo vivenciado habría sido planificado y en qué medida se estaría frente a una experiencia irrepetible enraizada en una época determinada y que, en este caso, expresa su deuda con el tiempo pasado desde un presente en que un colectivo, de fuerte presencia en el territorio, ya no encuentra su lugar.

Lo cierto es que, por ahora, el ser *enapino* permanece vivo, pero sus referencias no tienen expresiones emocionales tan fuertes en el presente. Esto básicamente porque hubo un descentramiento espacial de la experiencia colectiva. El traslado a Punta Arenas trajo muchos beneficios que los campamentos, en su aislamiento y condi-

ciones, no podían ofrecer a las personas: mayor acceso a comercio, mayor variedad o posibilidades para la educación de hijos/as, agilidad en trámites. Pero el lugar de la experiencia colectiva era otro:

> El sur de la isla era precioso (Voz 6, Focus Group).
>
> Mucha pesca en los ríos (Voz 3, Focus Group).

Podríamos indicar que aquella fusión del hábitat y habitar, indisociables e interdependientes en todo momento el uno del otro (Lefebvre, 2013), era lo que otorgaba fuerza y densidad a la categoría de lo *enapino*. En la actualidad, no se ha diluido la fuerza del discurso identitario, su vigencia está intacta, pero vive igualmente a partir de reproducir la tensión entre el deseo de expresar que sus exponentes siguen aquí y son los mismos de siempre, enfrentado el desarraigo del lugar que genera presión sobre su presente. Por motivos ajenos, en este caso, el futuro está en el pasado, porque ahí estaba la referencia aglutinante. Si se modifica el hábitat, el habitar igual debe redefinirse. Y, en ese devenir, quizá una de las pocas maneras en que este último puede reconfigurarse es a través de la memoria colectiva:

> Y realmente causa pena ver, por ejemplo, ir a donde uno vivía, donde estuvo con su familia, y ver que eso está… es una pampa y no hay nada. Da pena verlo realmente (D. M., entrevista).

Agradecimientos

Al proyecto FONDECYT-ANID Nº 1200469 “La industria del petróleo en Chile: territorio, ciudad y arquitectura: Construcción de un patrimonio industrial de dimensión nacional”, dirigido por el Dr. Boris Cvitanić Díaz.

Notas

[1] https://www.bcn.cl/leychile/navegar?idNorma=26187

[2] Para ahondar ver Pérez et al. (2019).

[3] Si bien Domínguez (2011) señala que Cerro Sombrero, que fue declarado en 1965 “pueblo abierto” y, por tanto, habilitado para recibir habitantes y actividades más allá de las designadas por la ENAP, habría sido el único que logró permanecer habitado, cabe señalar que los campamentos de Posesión y Gregorio en la parte continental, y el campamento de Cullen en la Isla Grande de Tierra del Fuego, también siguen vigentes en su función residencial toda vez que se mantienen con trabajos por roles, al contrario de los campamentos de Clarencia, Percy y Manantiales, que se encuentran en estado de abandono.

[4] Desde 1956, la empresa inició la entrega de préstamos especiales para el mejoramiento de las habitaciones. Posteriormente, en 1963 –con modificaciones en 1966 y 1967 y aplicado en forma definitiva desde 1968–, se promulgó el Reglamento del Plan Habitacional, que implicó planificaciones colectivas, compras y subdivisiones de suelo con construcciones de vivienda individual o colectiva. También en algunos casos la solución pasó por la construcción de conjuntos habitacionales (loteos, poblaciones o villas) insertos en la trama urbana de Punta Arenas, en donde los equipamientos básicos ya estaban disponibles para la población (ENAP, 1965a, p. 2; ENAP, 1965c, pp. 8-9; ENAP, 1966b, p. 13; ENAP, 1968, pp. 15, 18).

Referencias bibliográficas

Acevedo, P. (Ed.) (2018). *Arquitectura y sociedad petrolera en el fin del mundo: Campamentos enapinos en Tierra del Fuego, Chile*. Consejo Nacional de las Culturas y las Artes.

Acevedo, P. & Rojas, C. (2014). Campamentos enapinos en Tierra del Fuego: Perspectivas desde el patrimonio industrial. *Sophia Austral*, 14, 85-97. http://www.sophiaaustral.cl/index.php/shopiaaustral/article/ view/7.

_____ (Eds.) (2016). Enapinos: *Los campamentos petroleros del fin del mundo: Un patrimonio industrial por armar: Etapa fundacional (1945-1962)*. Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

Andrade, P. & Mellado, L. (2016). Enapinos, una identidad que se niega a desaparecer. En P. Acevedo & C. Rojas (Eds.), Enapinos:

Los campamentos petroleros del fin del mundo: Un patrimonio industrial por armar: Etapa fundacional (1945-1962) (pp. 13-15). Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

Bengoa, J. (2006). *La evolución de las miradas. Proposiciones*, 35, 16-44.

Besse, J. M. (2019). *Habitar*. Universidad de Guadalajara.

Casanova, M. (2018). *Los orígenes del desarrollismo económico en Chile (1932-1945): ¿Estado empresario o empresarios en el Estado?* (Tesis de Doctorado en Historia). Universidad de Berlín.

Cvitanic, B. & Ambrosetti, D. (2022). El estrecho de Magallanes y la industria del petróleo. En D. Matus & B. Cvitanic (Eds.), *Estrecho de Magallanes: Industrialización, hábitat colectivo y borde costero durante el siglo XX* (pp. 84-98). Universidad de Magallanes.

Cvitanic, B. & Matus, D. (2018a). Industria y habitar colectivo en la Región de Magallanes: Dinámicas y singularidades de un modo de ocupación territorial, 1885-1971. *Revista 180*, 42, 36-48. http://dx.doi.org/10.32995/rev180.Num-42.(2018).art-443.

_____ (2018b). Los campamentos petroleros de la Isla Grande de Tierra del Fuego. En P. Acevedo (Ed.), *Arquitectura y sociedad petrolera en el fin del mundo: Campamentos enapinos en Tierra del Fuego, Chile* (pp. 16-75). Consejo Nacional de las Culturas y las Artes.

_____ (2019). Vivienda y patrimonio industrial: Los campamentos del petróleo en Magallanes. *Sophia Austral*, 23, 205-234. dx.doi.org/10.4067/S0719-56052019000100205.

_____ (2024). Prácticas espaciales de la industria de los hidrocarburos en Chile: 1945-1989. *Geografía Norte Grande*, 89. https://doi.org/10.4067/S0718-34022024000300011.

Dávila, E. (2005[1983]). Presentación. En M. Martini, *Historia del Petróleo en Magallanes* (p. 9). Empresa Nacional del Petróleo.

Diego, A. (2013). Maurice Halbwachs y los marcos sociales de la memoria (1925): Defensa y actualización del legado durkheimniano: de la memoria bergsoniana a la memoria colectiva. X Jornadas de Sociología, Universidad de Buenos Aires. https://cdsa.aacademica.org/000-038/660

Domínguez, P. (2011). *Cerro Sombrero: Arquitectura moderna en Tierra del Fuego*. Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

ENAP (1965a). Plan Habitacional en Magallanes. *Infórmese*, 138, 2.

_____ (1965b). Asociaciones de Ahorro y Préstamo. *Infórmese,* 138, 6.

_____ (1965c). Realidades del Plan Habitacional en Magallanes. *Infórmese*, 138, 8-9.

_____ (1966a). Plan Habitacional. *Infórmese*, 141, 7.

_____ (1966b). Plan Habitacional. *Infórmese*, 142, 13.

_____ (1968). Plan Habitacional. *Infórmese*, 155, 15 y 18.

_____ (1982a). Confianza en el futuro. *Infórmese,* 15, 2.

_____ (1982b). Retornando a nuestros comienzos. *Infórmese*, 8, 3.

_____ (1984). Confianza en el fututo. *Infórmese*, 15, 2.

Fuentealba, N. (2020). Paternalismo industrial en Chile: Una aproximación historiográfica. *Tiempo Histórico*, 21, 77-100. http://dx.doi.org/10.25074/th.v0i21.1912

Fuguellie, S. (1995). *50 años de la comunidad petrolera*. Empresa Nacional del Petróleo.

Garcés, E., Kroeger, F., Martinic, M., Piwonka, N. & Cooper, M. (2013). *Tierra del Fuego: Historia, arquitectura y territorio*. ARQ.

Godoy, M. (2015). Las casas de la empresa: Paternalismo industrial y construcción de espacio urbano en Chile: Lota 1900-1950. *Universum*, 30(1), 115-136. http://dx.doi.org/10.4067/S0718-23762015000100008.

Gutiérrez, A. (2016). Los asentamientos humanos de ENAP: Una visión territorial. En P. Acevedo & C. Rojas. (Eds.), Enapinos: *Los campamentos petroleros del fin del mundo: Un patrimonio industrial por armar: Etapa fundacional (1945-1962)* (pp. 17-19). Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

Halbwachs, M. (2004a [1994]). *Los marcos sociales de la memoria*. Anthropos.

_____ (2004b [1968]). *La memoria colectiva*. Universidad de Zaragoza.

Herrera, R., Ambrosetti, D. & Cvitanic, B. (2019). Voces que construyen memoria colectiva. La dimensión inmaterial del patrimonio industrial en la POSETF, Punta Arenas, Chile. *Sophia Austral*, 23, 257-280.

Herrera, R., Matus, D., Ambrosetti, D. & Cvitanic, B. (2019). Memoria colectiva y paternalismo industrial, Punta Arenas, Chile. *Magallania*, 47(2), 21-38.

Hetch, R. (2002). Trazado, paisaje y territorio: Cerro Sombrero y la arquitectura del petróleo en Magallanes. *ARQ*, 51, 64-67. http://dx.doi.org/10.4067/S0717-69962002005100016.

La Prensa Austral (1945). ¡Hay petróleo en Magallanes! 31 de diciembre, p. 1.

Lefebvre, H. (2013 [1974]). *La producción del espacio*. Capitán Swing.

Lévi-Strauss, C. (1977). *La identidad: Seminario*. Petrel.

Manero, R. & Soto, M. (2005). Memoria colectiva y procesos sociales. *Enseñanza e Investigación en Psicología*, 10(1), 171-189. https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=29210112

Mantecón, T. (2010). Formas de disciplinamiento social: Perspectivas históricas. *Historia Social y de las Mentalidades*, 14(2), 263-295. https://www.revistas.usach.cl/ojs/index.php/historiasocial/article/view/241

Martinic, M. (2005 [1983]). *Historia del petróleo en Magallanes*. Empresa Nacional del Petróleo.

_____ (2006). *Historia de la Región magallánica*. Universidad de Magallanes.

_____ (2013a). *Punta Arenas, siglo XX*. GEOPARK.

_____ (2013b). Las etapas de la ocupación. En E. Garcés, F. Kroeger, M. Martinic, N. Piwonka & M. Cooper, *Tierra del Fuego: Historia, arquitectura y territorio*. ARQ.

Matus, D. & Cvitanic, B. (2016). La Empresa Nacional del Petróleo y la construcción del paisaje urbano: Barrios de la ciudad de Punta Arenas. En G. Ciselli & V. Navarro (Eds.), *Paisajes culturales y patrimonio: Expresiones de la cultural territorial* (pp.130-136). Universidad Nacional de la Patagonia Austral.

_____ (2023). El modelo de desarrollo hacia dentro y el rol de la Empresa Nacional del Petróleo en la ocupación del espacio litoral

del estrecho de Magallanes. *Arte y Ciudad, Revista de Investigación*, 24, 127-158. https://doi.org/10.22530/ayc.2023.24.725

Muñoz, M. (1995). *Historia sindical de los trabajadores del petróleo en Magallanes*. Atelí.

Pérez, L., Herrera, R. & Fuentes, P. (2019). Villa Spring Hill como expresión del paternalismo de la Empresa Nacional del Petróleo (ENAP) en el Gran Concepción, Chile. *Atenea*, 520.

Puga, M. (1964). *El petróleo chileno*. Andrés Bello.

Ramos, D. (2013). La memoria colectiva como re-construcción: Entre lo individual, la historia, el tiempo y el espacio. *Realitas, Revista de Ciencias Sociales, Humanas y Artes*, 1(1), 37-41. https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6984235

Ruiz, P. (2005). *Testimonio del sindicalismo petrolero (1966-1990)*. Santiago, editorial Sopella.

Sierra, J. (1984). De las utopías socialistas a las utopías patronales. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)*, 26, 29-44. https://doi.org/10.5477/cis/reis.26.29

_____ (1990). *El obrero soñado*. Siglo XXI.

Tokman, M. (2016). Redescubriendo la épica en el fin del mundo. En P. Acevedo & C. Rojas (Eds.), Enapinos: *Los campamentos petroleros del fin del mundo: Un patrimonio industrial por armar: Etapa fundacional (1945-1962)* (p. II). Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

Venegas, H. & Morales, D. (2017). Un caso de paternalismo en Tomé: Familia, espacio urbano y sociabilidad de los obreros textiles (1920-1940). *Historia*, 50(1), 273-302. http://dx.doi.org/10.4067/S0717-71942017000100010